

LOS INTRANSIGENTES.

I.

Precisa reconocer que la palabra es de efecto. Los caracteres dulces se inquietan; los tímidos se aterran; los fuertes se irritan. Un intransigente es un ser áspero, brusco, aferrado á su opinion ó á su interés, pronto á todas las violencias, indomable, terrible, quizá brutal, educado en la desesperadora escuela del *todo ó nada*. ¿Puede darse cosa más incompatible con las exigencias de estos tiempos de aproximaciones continuas, de inteligencias diarias, de transacciones y acomodamientos incansantes? ¿Puede darse nada más antipático á las gentes cultas de esta Edad que ha hecho pasar la tolerancia á un punto gravísimos y trascendentales de derecho, de las leyes á las costumbres? Puede imaginarse nada más opuesto á la esencia misma de la política, que no consista ciertamente en la imposición de los ideales como por arte mágico, si que en el difícilísimo empeño de encarnar los principios en los hechos y hacer que la tradición no se rompa bruscamente y la vida social no se destruya solicitada con tanto brio como exageración, por las dos corrientes encorridas de las prácticas y las ideas?

Entre las ventajas, que en medio de muchos dolores y no pocos inconvenientes, ha deparado á España la movida y rica historia de estos últimos laboriosísimos diez años, no es la menos importante la de que, franqueadas las vías del poder á todas las escuelas y todos los partidos y en manos sucesivamente de casi todos los apóstoles y los doctores todos de las doctrinas más acentuadas y opuestas, el gobernalle de la nación y la vara mágica del poder, ese decenio ofreciera lecciones elocuentes como ninguna respecto de lo que son y valen las aspiraciones más nobles y las protestas más saturadas de un cierto idealismo político, en el momento de convertirse en prácticas de gobierno y en preceptos de ley positiva. Puede bien afirmarse, desafiando toda rectificación, que ninguno de aquellos exclusivismos se ha traducido en hechos; más aun, que ninguno de los hombres dignos y honrados á no dudarlo que parecían como la representación viva de las escuelas radicales, ninguno ha osado llevar las cosas de tal suerte que sus particulares y exclusivas soluciones se impusiesen á despecho de las circunstancias y contra el sentido general de la opinion que los había conducido y al fin los sostenía y conservaba en las esferas del Estado.

Esto, que por una parte debe servir de dato para que muchos políticos españoles prescindan del error insignificante de formular su credo á modo de índice de libro y con un absolutismo verdaderamente doctrinal (cosa que ya nadie hace en Europa), por otro lado se utiliza para hacer cruda guerra, no ya á los idealismos aludidos, si que al sentido radical y la integridad de las opiniones liberales y democráticas de los días presentes, y así estimando los ejemplos de estos últimos diez años como fracasos, decepciones y quién sabe si apostasias (que la pasión no peca de complaciente en adjetivos y metes), á veces se persigue la scititud franca y resuelta de muchos hombres políticos, sus afirmaciones perfectamente definidas y su invocación de los grandes ideales para inspirar la conducta del momento, como muestras de una absurda intransigencia, á que después de todo está reservado el mentis más escandaloso y desalentador en el instante preciso de su decantada realización.

Demás de esto, si en los días actuales hay una afirmación que poderosamente se impone á todos los demócratas españoles, á todos los hombres de la grande y fecunda Revolución de 1868, es la que niega todo exclusivismo, toda intransigencia: la que entraña una base común para todas las parcialidades y todas las esperanzas. Aun tomando las cosas por lo bajo y viendo en los sucesos del último periodo de la Revolución setembrista solo la obra de los hombres y nunca la ley general de la evolución política y muy particularmente la ley propia de las Revoluciones, sería moral y racionalmente imposible que ninguno de los que tomaron activa parte en aquellos acontecimientos, alzara la voz, en estos instantes de comun desgracia, de intereses fundamentales idénticos y de aspiraciones análogas, para eximirse de responsabilidad y acusar al contrario de todas las faltas y todos los pecados. Nada más disparatado, pero nada más irritante. Bien por lo contrario, si á esta hora el pasado obliga á algo es á la prudencia, á la templanza, á la consideración recíproca en vista de las faltas de todos y de los sagrados intereses de la libertad y de la patria, que en manos de los conservado-

res españoles corren verdaderos peligros de muerte, por más que el indiferentismo que nos corroe y las divisiones que nos deshonran no nos permitan apreciarlo en la plenitud de su valor y alcance.

Por último, el espectáculo que la vecina Francia nos ofrece, es por todo este modo edificante. Aquel país de las ligerezas y las petulancias, de las dictaduras y las utopías, de las revoluciones y la burocracia, parece haber prescindido de sus saltos y sus arrebatos, de su furia y de su inconstancia, (que tan por los suelos había dejado el carácter político de tan noble pueblo,) para hacer gala de una mesura, de una perspicacia, de un civismo que tal vez no hubiera derecho á esperar en las naciones más acostumbradas al difícil arte de gobernarse por sí propias. No abdicando nadie de sus ideales, no apostatando torpemente de sus creencias (sobre todo, de aquellas que han dado nombre, posición, gloria y favores,) los hombres políticos de todas las escuelas se han congregado para contener la aspiración impaciente, y aplazar la entera realización de sus particulares programas, pero también, y antes que para todo esto, para afirmar bases comunes, é intereses generales, cuya determinación y sostenimiento implica la presencia y cooperación de todos, sin repugnancias individuales, sin antagonismos, ni intransigencias que harían de todo punto imposible el deseo de la Francia entera y la entusiasta adhesión de todo el mundo culto, que de tan singular como positivo y eficaz modo ha contribuido y contribuye á la consolidación de la vecina República. Y esto no es la obra de un momento: la actitud de un instante. Va para tres años que el empeño se ha iniciado y se sostiene.

Con tales datos, ¿quién se atreve aquí á levantar la bandera de la intransigencia? ¿Quién tan petulante que se aventure á afirmar que en el estado actual de nuestro país *el solo se basta*? ¿Quién tan osado que pretenda imponer sus soluciones prevaliéndose quizá de una excepcional circunstancia, de una coyuntura inesperada, de la confusión misma que su atrevimiento ó sus exageraciones provoquen y determinen, exigiendo probablemente á los demás una prudencia, una resignación, una virtud de que él mismo principia por declararse incapaz?

Está, pues, bien elegido el mote: está bien buscada la palabra que disparada á tiempo, puede y debe producir en todos los hombres sinceros y patriotas un movimiento casi instintivo de repugnancia, de protesta, de indignación.

¡Intransigente! — es decir algo peor, mucho peor que fanático. ¡Intransigente! — esto es, poseído de la soberbia y de la ambición, resuelto á sacrificar en aras de sus resentimientos, de sus deseos, de sus pasiones los intereses más palmarios de la democracia, del progreso, de la civilización: que á todo esto trasciende la absoluta impotencia en que nos sumiría el fracccionamiento infinitesimal de las fuerzas liberales españolas reducidas á mal vivir y trabajar separadamente cuando en beneficio de tal ó cual idea abstracta, cuando en obsequio de esta ó aquella pretensión puramente personal.

II.

Esto así, se comprende el celo con que todos los hombres políticos de nuestra patria procuran lanzar de su lado todo pretexto para que la acusación de intransigencia no venga á esterilizar sus esfuerzos; y bien se alcanza, por lo mismo, la predilección, mejor dicho, la verdadera manía que á otros, tan poco seguros de su razón, como confiados en el acaso, ha asaltado de prodigar á rosa y baloso el adjetivo merecedor hoy más que nunca, de la universal repugnancia. Pero lo que ni se alcanza, ni se comprende, ni se explica, es que precisamente los que en su conducta y en su doctrina obedecen de un modo más cumplido al ideal y al sentido de la intransigencia, sean los que usen y abusen más del mote para herir, también precisamente, á los que á todas horas pregonan y practican las reglas de la más noble, generosa y fecunda tolerancia.

Todo el mundo lo ve: todo el mundo lo conoce. En estos instantes, verdaderamente críticos, realmente supremos, para la democracia española, alienta y grita y pretende hallar eco, y aun aplauso, en el seno de los dispersos restos de los antiguos partidos avanzados para quienes la unión es hasta un compromiso de honor un pequeño bando formado por la decepción, el miedo, ó el despecho; bautizado con un apellido incoloro, elástico, insustancial; nutrido en todo género de funestas prevenciones; amparado de prestigios en ya realidad histórica fuera injusto negar y de desaliños aun extraños en los increíbles y los maravillosos de Thermidor y del Directorio: desvanecido por pers-

pectivas del más puro y anticuado doctrinismo; aplaudido por todos los elementos reaccionarios; simpático al poder; desdenoso para con las muchedumbres en cuyo seno nacieron los más de sus hombres y cuyo clamoreo sirvió para que la fortuna les tirara el pañuelo y la gloria imprimiera en su frente el divino sello; aficionado hasta parecerse á las contemplaciones de la decadencia y á las bravuras de la retórica; sin principios fijos, sin robustos ideales, haciendo de lo buena mente posible (!!!) un sistema; renegando de todo procedimiento democrático y liberal para imponer sus opiniones á los amigos atónitos; teniendo á gala sus contradicciones, sus fracasos y sus torpezas y proclamando como un mérito aquella serie de *lamentables equivocaciones* que en todas partes han dado al traste con los mayores prestigios y los poderes más fuertes del mundo.

Todavía si este bando de *arrepentidos impenitentes* se limitara á querer vivir, quién sabe si dada su absoluta falta de fundamento no nos ocupáramos de señalarlo á la severa opinion del país. Nos sonreiríamos al observar como centellea contra todos los grupos y todos los hombres de los antiguos partidos radicales: nos sonreiríamos al leer sus romances de excomuniones, sus cantatas olímpicas y sus angélicos hosannas; no tendríamos la risa al escuchar las seguridades dadas á la pobre España del tacto, el acierto, la prevision, la constancia y el vigor con que en lo sucesivo dirigirían sus negocios y le proporcionarían todo género de bienandanzas, precisamente los que para alcanzar esta dirección alegan como título el haber carecido hasta aquí, y á pesar de sus protestas de entonces, de todas aquellas indispensables cualidades y méritos relevantes. Y hasta nos encogeríamos de hombros al notar cómo tratan á ilustres varones, que sufren en la emigración y la desgracia, ejemplos fortificantes de voluntad indomable, de fe vivísima, de grandes virtudes de carácter.

Pero llega á más. Ese bando es el que con toda la fuerza de sus pulmones grita á derecha y á izquierda, al pequeño y al grande, al que se agita y al que se asombra: *Intransigentes!*... La furia es idéntica y el tono el mismo que cuando á todo el mundo sus hombres gritaban: *Reaccionarios!* Pero en fuerza de repetirlo quién sabe si los incautos se dejarán coger en la trampa.

Si aquí hay intransigencia ¿dónde si no en el posibilismo está? ¿No somos sus adversarios los que proclamamos la unión democrática: los que pedimos el concurso leal y honrado á todos los grupos y los hombres todos de los partidos radicales: los que pretendemos unirnos, no ya para destruir por medio de coaliciones, si que crear por la afirmación de principios comunes y el sostenimiento de una situación política, interés de todos y para todos garantías: los que, en fin, defendemos y propagamos la política, no solo de los Gambetta y los Grevy, si que de los Blanc, los Hugo, los Simon y los Dufaure?

El posibilismo ¿qué hace? ¿Cesa un instante en su ingrata liberticida tarea de perseguir con tremendas acceaciones á los restos del antiguo partido radical, de atacar á los demócratas de la víspera y del día siguiente, de censurar la misma idea de la unión habiéndonos de terroristas y comunistas, que nadie conoce en España, como no sea en la caja de truenos de la tramoya conservadora, y utilizando hasta las frases hechas y los adjetivos del repertorio de nuestros eternos enemigos, cuyos intereses, pasiones é injusticias sirva, queremos crear que sin pensarlo y no llevado de un odio inexcusable, pero con un ardor muy análogo al del neófito? ¿Se le conoce una frase dulce, un juicio respetuoso, una demostración de simpatía para todo otro grupo ó para toda otra personalidad que los de los conservadores más ó menos empedernidos? Y si todos los demócratas que no estamos dispuestos á seguir la campanilla del posibilismo, es decir, si todos los demócratas españoles somos dignos de las más negras censuras y de la reprobación más severa ¿con quiénes va crear el posibilismo su decantada democracia?

Y todavía habla de su política comparada con la política de la democracia francesa! Ni siquiera con lo que tiene de formal el oportunismo de Gambetta hay analogía. Pero en el fondo... cómo! Si allí es indispensable la concurrencia de todos, sin la renuncia del ideal por parte de cada uno y sin la glorificación de la inconstancia y la apostasía!

Lo que aquí pretende el posibilismo, apenas se comprende. Conducta — la de los apartamientos y el exclusivismo, como medio de fundar una democracia, no ya sin los demócratas, si que contra los de-

demócratas. En punto á doctrina, algo quizá más monstruoso.

III.

Había en España un gran partido que como lema había proclamado la Constitución de 1869, ajustando á ella rigurosamente su conducta. Pues bien, una agrupación de hombres de más ó menos mérito, que había conquistado reputación y puesto en la vida política combatiendo sin tréguas aquella Carta, sube al poder, donde lejos de imitar á sus censurados de antaño, se distingue por el olvido en que deja, no solo los preceptos y el espíritu del Código del 69, sino también las ideas y las prácticas que como propias había fundido en el concepto de muy superiores á aquella Constitución. Pero corren los tiempos, y esa misma agrupación echa de ver que estaba en profundo error: proclama las excelencias de la Carta del 69, y la erige en bandera. Hasta ahora estábamos hechos á que los que profesando un credo político reconocían noblemente su torpeza y tomaban el programa de otro partido, entraban en el partido afortunado y perspicaz sin pretender desde el primer día, oficiar de pontifical en la nueva Iglesia ni explicar á los viejos y curtidos, la doctrina. Pero el posibilismo ha introducido una no vedad. Tomar el credo del viejo partido radical para combatir con increíble saña á los radicales; lo cual sería por todo extremo peregrino, sino fuese igualmente extraño el prurito de buscar adeptos precisamente en las filas de los demócratas históricos para atacar, también con increíble dureza, á la antigua democracia.

¿Qué pretende el posibilismo? ¿Puede darse nada más perturbador? ¿Es lícita, dentro de la moral política, tal campaña? ¿A dónde se va con tales procedimientos, y tal falta de respeto á todas las tradiciones y todas las conveniencias? ¿Dónde, en qué país, en qué situación se ha dado un ejemplo semejante?

Y la cosa es tanto más grave cuanto que en esta proclamación de un credo de otro partido por hombres que, lejos de disponerse á formar con él, se aperciben á combatirlo, sin su representación, su historia y su prestigio, no puede verse el interés de una idea, de una doctrina; que al fin y al cabo, si á esto se redujeran las cosas, y de ser buena la doctrina, ventaja reportaría á la postre el que por distintos caminos y modos diversos se trabajase en su obsequio. Lo serio y lo lamentable está en que esa Constitución del 69 proclamada por el posibilismo para éste es, en rigor, solo un *medio* de combate, un instrumento de perturbación.

¿Acaso la virtualidad del posibilismo está en una doctrina política determinada? ¿Su idea fundamental no la niega? ¿Qué es, á lo sumo, el posibilismo más que un puro método? *Lo que se pueda y como se pueda*: hé aquí la gran fórmula.

¡Ah! ¿Qué triunfo del materialismo político! ¿Qué victoria la de aquel doctrinismo que creamos muerto en 1868 y que revive ahora con sus palabras engañosas y sus perspectivas corruptoras, al día siguiente de una gran catástrofe, y cuando era más necesario hablar á la juventud que viene anhelante y entusiasta, no ya de lo que se puede, sino severamente de lo que se debe!

¡Ah! Sin duda los hombres actuales del posibilismo no llegarán al término lógico de la idea. Queremos creer en la sinceridad con que proceden y pensamos en que, á ver toda la profundidad del abismo á que caminan, retrocederían ahora arrepentidos con propósito de verdadera enmienda. Pero la semilla de fruto y la lógica es superior á la voluntad de los hombres. Hoy se dice como fórmula de una política, *lo posible*! y se sacrifica la pureza de la idea, la grandeza de la doctrina, la eternidad de los principios. Mañana otros dirán, ya sin la impedimenta de la consecuencia y de los dogmas, *lo posible*! en el sentido de *ser, vivir, medrar*, y se sacrificará todo lo santo, lo noble, lo desinteresado, en aras de los dios de Vitalio y de Sardanápalo. La pendiente es rápida, y el abismo llama. Y el absurdo de la escuela solo en los discípulos se palpa.

Los posibilistas no pueden ver esto en medio de la pasión que los embarga. Vano fuera intentar en estos momentos convencerlos ni disuadirlos. Ya se arrepentirán de nuevo ante terribles realidades. Pero esto no ha de ser parte para que dejemos de denunciarlos energicamente á la conciencia pública y para que rechacemos airados sus injustos ataques.

Siga su propaganda de frases vagas y palabras sonoras; sonoridades y vaguedades que quiera Dios no produzcan las tempestades de odios y los torrentes de sangre que otras análogas produjeron en 1869 y 1871, sin más resultado que dar pretexto hoy á muchos de sus felices provocadores, para que al amor de la lumbré

